

Rememoración



# HEROES Y MARTIRES IGNORADOS

Al pronunciar los nombres de aquellos verdaderos libertadores, que lo sacrificaron todo por darnos patria, debemos como un eco o ritmo sagrado, llegar con el pensamiento a esa legión de mártires y héroes ignorados de nuestra historia patria, de los que no se sabe, ni se conservan detalles de sus martirios y ofrendas. Entre ese gran número, los hay, que perdieron hacienda y porvenir, y al verse en la miseria, sin ánimo para luchar contra lo imposible, sucumbieron de pena, contemplando horrorizados el triste fin que aguardaba a sus familiares. Otros, sin atreverse a demostrarlo, tenían para Cuba un altar en el corazón, aprovechando todas las oportunidades para contribuir a la independencia patria, pero sin recavar el certificado del Comité, para demostrar patente de patriotismo (que hoy muchos explotan).

De los que sí recuerda la historia, en sus páginas más horripilantes, pero en conjunto, porque es imposible entrar en detalles, es de aquella terrible reconcentración ordenada por el carnicero Weyler, y cuyo suceso se celebró con un solemne "Te-Deum" en la catedral de la Habana, en que Weyler, (que en el infierno esté) fué recibido bajo palio por la iglesia de Roma; tanto fué el entusiasmo que despertó ese decreto, del cual se esperaba el exterminio, no sólo de la revolución en armas, sino también de todos aquellos elementos adictos o simpatizadores de la Independencia.

¿Qué pluma sería capaz de describir las escenas que se sucedieron desde el principio al fin de aquel triste episodio? Aquellos infelices campesinos expulsados de su amado bohío, que dejaban con vertidos en ceniza, y de aquellas tierras que tantas veces surcó con el arado y regó con el sudor de su noble frente, arrancados de aquellos lugares en que se habían sucedido de padres a hijos, en

donde las mies de los campos y abundancia de aves y ganados les ofrecían ricas provisiones, para ser lanzados sin caridad alguna a pueblos y ciudades, sin más recursos que los que ellos mismos podían proporcionarse, porque el odio al cubano sólo podía ofrecerles medios de destrucción y muerte, pues hasta la Iglesia del Estado entonces (y hoy semi-oficial), había cerrado sus puertas a la misericordia, para entregarse el clero, en su ardor patriótico, a arrancar los secretos de la revolución, aprovechándose del confesonario, y elevar preces al Altísimo, por el triunfo de las armas españolas, mientras sus obispos se dedicaron a organizar en sus respectivas diócesis, batallones de voluntarios que vinieran a Cuba a luchar con los cubanos, porque, como dijo el Obispo de Oviedo, P. Martínez Vigil: "el triunfo de la insurrección redundaría en perjuicio no sólo de la patria, sino también de la religión católica, cuyas cruces coronaron siempre nuestras banderas".

... ..  
 ¡Qué días tan terribles para los cubanos! Por todas partes sólo se veía desolación y muerte. Jamás olvidaremos aquellos cuadros de miseria y horror que hubieran podido ablandar corazones de piedra, si los tiranos pudiesen tener corazón. Como llegaban aquellas familias a las poblaciones formando caravanas, y cargadas con lo que habían podido salvar de la rapiña de los guerrilleros, que a título de patriotas arrastraban con cuanto podían. Agotados los recursos al poco tiempo, se lanzaron a pedir limosnas, para recibir en lugar de pan, groseros insultos de la canalla, que al implorar la limosna, les contestaban: "**anda a trabajar, mambí**", sin que el infeliz pudiese contestar: ¿cómo trabajaré, asesino, si me lo impedís? Fueron tantos los insultos, que los hombres determinaron quedarse en casa y que las mujeres saliesen a pedir limosna, creyendo que

Iglesia vs Cuba Libre

Weyler bajo palio

con ellas las hienas serían más compasivas, y se lanzó a la calle aquella proce- sión de espectros, cargando con sus moribundos hijos, para inspirar compasión, pero de aquel cuadro de miseria se aprovechaban los desalmados para procurar saciar sus apetitos animales, y procurar a cambio de pan, la deshonra de esas santas mártires, que entre el hambre y la muerte, esperaban algunas, a cambio de su cuerpo, salvar la vida de padres, hermanas o hijos, sin pensar la infeliz, que una vez realizado el ultraje a la mujer cubana, sucumbiría de miseria y vergüenza, sin alcanzar compasión del victimario.—¡Miserables!

Varias veces repartimos entre aquella multitud, raciones de comida, lo mejor condimentada posible a cien o doscientos reconcentrados, que esos días mitigaban un tanto el hambre:—testigos nuestros vecinos en Matanzas—Pero, ¿qué era esto para tantos y luego el peligro que políticamente significaba darle de comer al reconcentrado? Otra vez fuimos al “Palmar de Junco” (Matanzas) a donde se había construido un barracón de madera, para almacenar como fardos a los reconcentrados, para que no diesen el horrible espectáculo de morir en las calles o portales de las casas, y allí nada se les facilitaba; sólo esperaban la muerte y el carro de la lechuza, que dos veces al día iba a recoger, los que la muerte más piadosa que los verdugos, los libraban de sufrir; nos acompañaba mi esposa, mi hermano Manuel y el señor Eduardo López Centellas, hoy empleado en el Gobierno Civil de Matanzas. Lo que allí presenciábamos no es para descri- to: cuanto llevábamos destinado para limosnas, y cuanto en el bolsillo había, allí quedó, mientras que nos llevamos en el corazón, para no olvidarlo jamás, las desgarradoras escenas que allí presen- ciamos.

Otra vez, en el Cementerio de San Carlos, entonces en poder del clero español, infinidad de cadáveres permanecían insepultos, esperando de los familiares supervivientes, los derechos de enterramiento, de los que habían muerto de hambre; y en la fosa común, sin respeto a sexos o formas en que caían los cadáveres, paletadas de tierra cubrían para desaparecer eternamente, a esos mártires y héroes ignorados de la horrible re- concentración.

Los grabados que ilustran este trabajo histórico, dan a conocer a la presente generación mejor que lo que puede hacerlo la pluma, las escenas que trata- mos de describir, y pueden recordarle a los que disfrutando del festín nacional, han olvidado con las glorias del triunfo, el via-crucis andado para llegar a la libertad, y recordarles que sobre las conciencias de los que explotan y degradan la patria, a títulos de profesionales del patriotismo, irá a pesar ese gran crimen que con- movió al mundo por la magnitud del su- frimiento que representó.

Jamás la Historia, escribirá las pági- nas necesarias para conservar lo sucedi- do, porque es imposible para el historia- dor penetrar en los secretos del hogar, o en el torturado corazón de la mujer que vendió su honor por un pedazo de pan, ni en las penas de la madre, que ve a su hijo morir de hambre, sin otra esperanza que la de ir pronto a reunir- se con él, despedaza el alma. Jamás la patria podrá pagar tanta pérdida, ni hay empréstitos posibles, porque no hay oro bastante en el mundo, para indem- nizar sufrimientos y ofensas morales, que si se fueren a justipreciar, perderían todo el valor que representan, y la historia sus páginas más valiosas, para demostrar al Mundo, que Cuba, cuenta con un martirologio tan digno para al-

3

canzar su libertad, como cualquiera otro pueblo del mundo, por grande que se considere, y por el mismo que no podemos indemnizar tanto dolor, tenemos el deber de pedir en memoria de tanto sufrimiento, con respeto y decoro para la República, que tan caro costó; que no se diga nunca para baldón del patriotismo, que aún algunos cubanos traidores que explotan la patria, o empañan el ideal, pretendiendo erguirse en casta privilegiada, para lanzarse como buitres sobre la República a la vender, o prefieren la anexión extranjera antes que conservarla libre; ni se diga con verdad, que la República subvenciona menos aún húmedas de sangre cubana, o plumas, que siempre escribieron para ultrajarnos y ofender a la siempre heroica y digna mujer cubana.

Recordamos con gratitud algunos soldados españoles que partían su rancho con algunos reconcentrados, pues entre el elemento de tropa, hubieron muchos que obligados a la fuerza tomar las armas contra hombres que reclamaban un derecho, no estaban conformes con la crueldad y despotismo de sus jefes. También las sociedades misioneras de la **Iglesia Episcopal**, por mediación de la distinguida señora América Goicurria, en la Habana y del Rvdo. Pedro Duarte, en Matanzas, auxiliaron y salvaron de una muerte moral o material a muchas personas. Del Asilo de la Iglesia Episcopal en Matanzas, aún hay señoras que ocupan buena posición social, que si llegan a leer estas líneas tendrán un recuerdo de agradecimiento para los que ayudados en la santa caridad facilitaron los medios de remediar sus apremiantes necesidades.

Ya que nuestro inmenso jardín tropical no tiene flores suficientes para poder adornar las tumbas de tantos mártires y héroes ignorados, consagremos con el recuerdo de tanto sacrificio, el propósito inquebrantable de ser dignos de la libertad que a tan caro precio se conquistó y que los "pinos nuevos" sepan el precio de su libertad.—F. Díaz



Víctimas de la Reconcentración ordenada por Weyler.



Víctimas de la Reconcentración ordenada por Weyler.